

su instrumento principal es la memoria. Con todo, conviene no confundirse, pues no debemos olvidar que el escritor es un simulador, un fingidor [17], y que su verdad es su obra, una obra que no tiene existencia real, sino verbal, y para el que la única realidad es el lenguaje escrito, que transmite como un legado.

Un punto conflictivo en la poesía del autor granadino escrita en esta década es el protagonismo que le otorga a la función social de la poesía. Rosales no puede calificarse como un poeta social, pero sí como un poeta comprometido en testimoniar la realidad de su tiempo, aunque siempre enfocándola y plasmándola desde el filtro de su propia subjetividad. Él mismo opta por calificarla como poesía personal, no social, ya que el sentido último de esta consiste en la revelación de lo humano radical. La función del poeta consiste por tanto en ofrecer testimonio [18], pero considerando que ser poeta consiste en contemplar la realidad con una mirada distinta. Poeta es aquel que, antes que cambiar el mundo, pretende cambiar la percepción del lector ante el mundo. Esa y no otra es su máxima aspiración como escritor comprometido ante la sociedad. Poeta es quien brega y persevera por tratar de verbalizar lo inefable para poder comunicarlo después a sus lectores, y en tan titánica tarea traba en un mismo ímpetu la necesidad de conocimiento y la de comunicación como eslabones íntimamente enlazados de la misma cadena. Abrirnos los ojos –y con ello las puertas de ese misterio que encierran los hechos más aparentemente anodinos– y escarbar hasta hallar en ellos raíces de eternidad. La suya es una poesía que se genera y crece en el alma ambicionando conocer para después comunicar, y así llegar a todas las almas [19]. Rosales sostiene que escribe para el lector, para todos y cada uno de los lectores de manera individual, no genérica ni colectiva [20], como tampoco –pese al claro acento trascendente de su poesía– lo hace pensando en la divinidad. Quizá también por eso su poesía mantiene puntos de contacto con tendencias diversas y generaciones distintas, y aún hoy mantiene la frescura de la palabra que no ha envejecido y resplandece con la vivacidad de lo veraz y necesario. Con el mismo tesón y firmeza con el que Rosales insiste en el marbete no excluyente, abarcador, de la «poesía total», así mismo gusta de calificar su estética como la de la apuesta por el humanismo a ultranza [21] como la orientación

clave y definitoria de su trayectoria vital y literaria desde sus inicios hasta el final de su itinerario.

Cuatro van a acabar siendo los puntos cardinales poéticos de Rosales: *El contenido del corazón*, *La casa encendida*, *Diario de una resurrección* y *La carta entera*, y todos ellos, siguiendo las declaraciones del propio poeta, tienen su origen en el tono y los objetivos trazados, asumidos y ensayados en esa década extraordinaria, la de los años cuarenta [22]. Pese a que se enriquezcan, amplíen sus horizontes y renueven su voz a lo largo de las cuatro décadas siguientes. Pero hay algo más que llama la atención de estos cuatro libros. Se trata de sus títulos. Resulta significativo comprobar hasta qué punto los mismos son epígrafes que, del mismo modo que sintetizan con exactitud la idea medular de cada volumen, también podrían perfectamente intercambiarse, sin problemas, con los restantes. Porque ¿acaso un libro como *La casa encendida* no podría haberse titulado perfectamente *El contenido del corazón*, *Diario de una resurrección*, o *La carta entera*? ¿Y este último? ¿No le sentarían a la trilogía *La carta entera* igual de bien, como si de un traje hecho a medida se tratase, todos y cada uno de los otros tres títulos? ¿Y no ocurre lo mismo con los demás, si decidimos seguir realizando esta suerte de arte combinatoria? Todos ellos están planteados como una suerte de autobiografía, de autorretrato ético y personal de un yo poético ficticio –aunque cercano al autor–, pero ambicionando erigirse en una suerte de biografía del ser humano. Y lo logra desde la alegría y el dolor más íntimos, despojándose de la máscara esteticista, apostando por la expresividad experiencial, con la herida –que es la vida [23]– abierta. En estos poemarios Rosales combina sabiamente el diálogo, el soliloquio, las formas coloquiales y las metáforas irracionales de cuño vanguardista con las imágenes visuales, plásticas, o la tendencia a organizar la materia lírica desde un punto de partida no sólo narrativo, sino también atento a los recursos propios del género epistolar y diarístico, lo cual nos remite de nuevo a las raíces autobiográficas –como germen fertilizante– de su poesía.

Fijémonos en este último punto. Efectivamente, *El contenido del corazón* está estructurado como si de una suerte de carta a la madre muerta se tratase, al tiempo que el yo poético desgrana los

recuerdos de su infancia y juventud, a modo de diario. Y qué decir de *La casa encendida*, donde el narrador repasa su experiencia para convertirla en conocimiento y que –sobre todo en su segunda edición– trata de hacer con ella –fundamentalmente en la cuarta parte– una suerte de *El contenido del corazón* dedicado a la memoria de su familia –especialmente del padre–. Poco que añadir de *Diario de una resurrección*: se trata del ejemplo más diáfano. Está estructurado –haciendo honor al título– a modo de diario íntimo, o crónica de un acercamiento y posterior ruptura y alejamiento amoroso (fechas de los poemas incluidas). En último lugar nos encontramos con *La carta entera*, cuyo título, como en el caso del volumen anterior, nos remite de nuevo al género epistolar. La pretensión de Rosales en el momento de proyectar esta obra consistía en realizar una suerte de casa encendida de y para el hombre, de y para la humanidad, y articularla a modo de testamento íntimo que fuese a la vez una descripción de su mundo interior, pero también del que le rodea. Un diálogo introspectivo que entrelaza la memoria de los vivos y los muertos (o, parafraseando –¿quién se resistiría?– a Joyce, una obra concebida para todos los vivos, y los muertos). Todos ellos están estructurados como una carta o un diario dirigido a alguien, y se plantean como un itinerario en el que el yo poético, adormecido, vuelve a la vida en una suerte de palingenesia existencial; muere y nace de sí mismo merced a la memoria, y en este renacer asume que vida y muerte son identificables, se retroalimentan, como también la alegría se nutre del dolor, y viceversa. ¿Y qué es esto, sino la apuesta por lo que dio en llamar «Poesía total» [24], ese manifiesto o suerte de credo o declaración de principios poéticos que, pese a no haber sido publicado hasta 1949, aletea en sus textos desde principios de los años cuarenta?

Y es en este punto donde conviene resaltar un aspecto importante que hasta la fecha ha sido apuntado pero no estudiado con la profundidad que merece y conviene [25], y es la crucial influencia de la poesía de Rilke en la obra de madurez de Rosales. Muchos han sido los autores que han señalado la impronta del poeta de Praga en la generación del 36 [26], pero ningún crítico se ha detenido a estudiar hasta qué punto la obra de Rilke fue decisiva en la gestación de las obras que Rosales creó en esta década